

Magnífica la evocación que hizo de Céspedes, José M. Cortina

Trátase de una verdadera página de la historia
de Cuba, trazada con gran respeto e intenso cariño

El DIARIO DE LA MARINA considera un privilegio poder ofrecer a sus lectores la versión taquigráfica del extraordinario discurso pronunciado por el doctor José Manuel Cortina, con motivo de ser develada la estatua de Carlos Manuel de Céspedes en la antigua Plaza de Armas, hoy Plaza de Céspedes, en homenaje al Padre de la Patria, el domingo 27 de febrero de 1955.

Dijo así José Manuel Cortina:
Señor alcalde municipal, Justo Luis Pozo:

Señoras y señores:

Mi querido y antiguo amigo, Justo Luis Pozo, me hizo el honor de invitarme a hablar aquí, en este acto de profunda pasión cubana.

En precisos conceptos él ha explicado los antecedentes y los acuerdos que los organismos competentes adoptaron para la erección de este monumento.

Mis sentimientos patrióticos me impulsaron, en primer término, a aceptar la noble aunque difícil tarea.

Además, la invitación vino de un amigo como Justo Luis Pozo, en quien me complace en reconocer que, en su alta magistratura de alcalde de La Habana, constituye un ejemplo extraordinario de probidad, ferviente y tenaz devoción al bien público y escrupuloso concepto de su responsabilidad ante el pueblo. (Aplausos)

¡Qué difícil es, señores, hablar de una cumbre moral como es Carlos Manuel de Céspedes!

¿Hacer su historia? Está grabada, en alguna forma, en la memoria de todo cubano que merezca ese nombre. Quien no lo conozca, quien no lo recuerde, no parece haber nacido bajo este cielo transparente y azul.

Por otra parte, estudiar la amplitud de su figura en todos sus aspectos, me llevaría a desplegar el lienzo histórico de toda esa Cuba Colonial en donde, en la más profunda noche de la opresión, surgió el relámpago del milagroso y temerario pronunciamiento de La Demajagua, que engendró la heroica y obstinada Guerra de los Diez Años, de la cual la Guerra del 24 de Febrero fué una reanudación. Entre las dos grandes batallas por la independencia de Cuba, lo que hubo fué una tregua.

Entonces, ¿qué hacer? ¿Usar de la pompa y reflejos de sonoros párrafos que, por la necesidad de la sintaxis o la congruencia de los conceptos, me alejarían de la vibración espiritual de este acto y de los corazones reverentes que me oyen? No.

Hay otro método que puede ayudarme a cumplir mi deber de evocar la magnífica personalidad de Céspedes: me refiero a una de las prácticas de la devoción religiosa cristiana.

En la Semana Santa, los fieles recorren el Vía Crucis en los templos, en estaciones que representan etapas del martirio y crucifixión de Cristo, el que abrió a los hombres, con su divina Revelación, un horizonte infinito de esperanza en la Bondad de Dios Padre.

En un campo distinto, emotivo, pero estrictamente cívico, evuquemos nosotros algunas de las que podríamos llamar estaciones históricas, heroicas y trágicas, de la vida fulgurante de Carlos Manuel de Céspedes.

En esta tarea de misticismo patriótico yo iré delante, como un cubano más. Voy a ir con ustedes sencillamente, con el corazón en alto, a comentar y recordar algunos de los episodios trascendentes de la vida de ese cubano extraordinario que se llamó Carlos Manuel de Céspedes.

Me acompaña en esta tarea y me da estímulo e inspiración ese grupo de veteranos que aquí veo, cerca de

Magnífica la evocación que hizo de Céspedes, José M. Cortina

(Continuación de la pág. PRIMERA)

mi, que vienen a recordar y enaltecer a su glorioso compañero de armas, reflejado en la estatua que acaba de ser develada. Para estos patriotas, que ostentan el altísimo título de Veteranos Libertadores de Cuba, yo pido un homenaje y un gran aplauso! (Prolongada ovación)

En la historia se presentan circunstancias ante las cuales los razonamientos de la lógica nada significan. En esta difícil hora en que los senderos del éxito se cubren de tinieblas, se revelan los hombres de creación y síntesis, que cambian los rumbos de la Historia.

La sociedad colonial cubana estaba en la más negra y desesperada situación. Ajusticiado Narciso López, fusilado Agüero y Armenteros, toda tentativa de rebelión era ahogada, dura e implacablemente. No había nada que no condujera al espíritu al más tético pesimismo.

Y, a pesar de todo, el cubano sentía arder en su corazón la necesidad fundamental de su vida moral: ¡la dignidad y la libertad! (Aplausos)

Se reunían secretamente los patriotas en Santiago de Cuba, en Camagüey, en Las Villas, en La Habana; pero la actividad revolucionaria se manifestaba con más vigor en Santiago de Cuba.

La mayor parte de los conspiradores querían organizarse y prepararse bien; el magnífico y venerable Francisco Vicente Aguilera, que presidió la primera Junta de Oriente, recomendaba una revolución bien organizada, con los elementos necesarios para triunfar pronto.

Para esto pedía el aplazamiento por un año; en reuniones subsiguientes se acordó otro plazo de seis meses; luego, de tres solamente.

A estas juntas concurría un hombre raro que, a la mitad de su vida, como San Pablo por Cristo en el Camino de Damasco, había sido tocado por la Divinidad para que fuera factor providencial y determinante en la historia de los destinos de Cuba: Carlos Manuel de Céspedes. Asistía a todas las juntas impaciente y expectante; en una última reunión no estuvo presente Francisco Vicente Aguilera y se acordó precipitar el levantamiento.

Céspedes era partidario de la acción inmediata; él sentía la pasión contenida que se agita, violenta, en el corazón de los cubanos, y tenía fe en que esta pasión completaría los detalles y los preparativos que faltasen.

Otros, también fervientes patriotas, alegaban problemas de provisión, de armamentos, de oportunidad política. Usaban de esa razón ponderada que yo respeto. A pesar de ello, reconozco la profunda intuición profética que tiene la pasión, cuando llega en su exaltación a lo sublime; pasión a la que yo me uno cuando, como hoy, con un sentido romántico de reivindicación histórica, levanta esta estatua! (Grandes aplausos)

¿Cómo se produce el hecho de La Demajagua? Yo rehuyo entrar en minuciosos detalles históricos y patéticos que, en este acto peculiar, frenarían mis palabras.

En medio de la excitación y la impaciencia de aquellos agitados días, llega una noticia fatídica: el Gobierno español se ha enterado de la conspiración y conoce a sus jefes e iniciadores.

El telegrafista Ismael Céspedes es el que informa: llegó un telegrama ordenando la prisión de todos los jefes, lo que haría fracasar a toda la acción revolucionaria.

Saben del telegrama los conspiradores y entre ellos Céspedes; él día que se había fijado, precipitando los acontecimientos, era el 14 de octubre. ¿Qué hacer?

Carlos Manuel de Céspedes, sin consultar más ni esperar ninguna fecha, echa sobre sus hombros y la fortaleza de su corazón la decisión de sublevarse en la madrugada del 10 de Octubre de 1898. Y con 37 cubanos mal armados, en su hagenio La Demajagua, da el grito de libertad e independencia. ¡Y retá, España! (Grandes aplausos)

En ese día inmortal, Céspedes asumió la representación de todo su pueblo.

Son esas inspiraciones que, providencialmente, influyen en la Historia y hacen que en un momento dado un solo hombre encarne y represente los destinos de un pueblo.

Si no hay el 10 de Octubre que forzó Céspedes, nadie puede prever qué nueva fecha hubiera surgido después del desastre. Los caudillos principales del levantamiento habían sido detenidos y llevados a los presidios, o hubieran caído frente a los cañones de fusilamiento.

Céspedes, en aquella madrugada, con sus compañeros, lo arrojó todo, dominado por un fanatismo genial por la acción. El abismo no le importó nada. ¡Se lanzó al abismo con sus compañeros y en aquel día se dió el grito de independencia y de igualdad para todos los cubanos, sobre la base de la libertad! ¡Esa libertad que es el sol moral esencial para la vida y el progreso del pueblo de Cuba! (Aplausos)

El sentimiento revolucionario hervía en todos los ámbitos del pueblo; Céspedes interpretó mejor que los demás patriotas el valor práctico inmediato de esa fuerza moral oculta, la misma que invocó Martí frente a los escépticos cuando habló del subsuelo de los sentimientos del pueblo, durante su apostolado.

¡Con doce hombres se liberta a un pueblo!"

Ahí está, en esa frase, el poder inmenso de una voluntad consagrada al sacrificio y a la acción, con dimensiones y magnitudes heroicas. (Aplausos)

En esas horas de iniciación, Carlos Manuel de Céspedes llevaba a Cuba, como un sagrado relicario, toda entera sobre su corazón!

Pocos días después se produjeron importantes levantamientos y se incorporaron nuevos sublevados. Hervía la guerra en toda la región de Santiago de Cuba y se propagó a Camagüey y al Centro; y lo que parecía un levantamiento audaz, fácil de dominar por el Gobierno de España, se convirtió en la formidable, en la obstinada y sangrienta Guerra de los Diez Años.

La Guerra de los Diez Años fue un arsenal de experiencia, un arsenal de ejemplos y estímulos heroicos, y un arsenal de guerreros veteranos, con el concurso de los cuales pudo trabajar mejor Martí. (Aplausos)

Ahora examinemos otra estación o etapa de la gesta heroica de Carlos Manuel de Céspedes: la Asamblea Constituyente de Guaimaro.

Reunida ésta seis meses después del levantamiento de la Demajagua, surgió el problema de organizar el gobierno del pueblo sublevado. ¿Qué método debía seguirse?

Gran cuestión que aún se debate y sobre la cual gira todo el enfoque posterior de la conducta de Céspedes y sus conflictos con la Cámara de Representantes; y la influencia de su destitución en el resultado final de la guerra.

Céspedes, el 10 de Octubre de 1898, asumió el Poder Ejecutivo; él tenía la preocupación de que la acción combativa de la revolución debía ser rápida y constante; que debía producirse primero la liberación y emancipación de Cuba por métodos de lucha, en que la autoridad directora de la guerra no fuera mediaticada por reglamentaciones excesivas, que obstaculizaran la agilidad de movimientos y la energía concentrada en la unidad del mando supremo.

Pensaba que luego vendría la hora de la organización republicana y regular del Estado, por medio de Asambleas Nacionales, Cámaras de Representantes, Tribunales y Magistraturas; todo esto va en la seriedad del triunfo y la paz convocando previamente al pueblo para que se diera a sí mismo el tipo de República o régimen que su voluntad escogiera como mejor y más adecuado.

Pensaba que la acción revolucionaria de combate se debilitaba con la subdivisión de Poderes; y que era necesario organizar una especie de gobierno republicano provisional de guerra, con un fuerte Poder Ejecutivo, que permitiera operara los golpes resueltos, duros y constantes, de las autoridades de España, una sola dirección y una sola mano, para conducir a los guerreros en la lucha encarnizada que era preciso sostener.

Para Céspedes, el objetivo inmediato era pelear, triunfar con los métodos más adecuados, eficaces y contundentes.

En la Asamblea Constituyente se trató este arduo problema. Los Delegados allí reunidos trabajaron en la confección de una Constitución que abarcaba no solamente los problemas de la guerra, sino de jerarquía, instituciones y responsabilidades, propias de una República normal; pero que eran muy difíciles de cumplir; y propicias a provocar continuos conflictos de Poderes, dando el tipo de guerra que sostenían los cubanos.

Céspedes creía que esa Constitución que creaba un Gobierno complicado de tipo convencional francés, correspondía al período de paz, cuando fuera convocado el pueblo para que, en uso de su soberanía, organizara el Gobierno definitivo.

En la discusión de estas cuestiones Céspedes se crece como un gigante de la ciudadanía. Es el hombre de La Demajagua, iluminado todavía por la apoteosis de gloria de los días del triunfo de Bayamo; él ostentaba el rango de Capitán General de las Fuerzas Revolucionarias, título que adoptó para la Jefatura porque era el que el cubano entendía mejor entonces, ya que era el nombre representativo de la máxima autoridad que había conocido desde la conquista de España; y no era cosa de cambiar la psicología popular y ponerse a explicar, en el comienzo de la Guerra, nuevos nombres de jefaturas de tipo clásico, en una rebelión realizada en las serranías y en los bosques, sin recursos suficientes, como no fueran el heroísmo, la audacia y el valor.

Los patriotas cubanos que formaron la Asamblea Constituyente de Guaimaro, a pesar de todas las objeciones, acordaron un gobierno que limitaba, debilitaba y dividía toda la autoridad que tenía Céspedes.

La nueva Constitución separó la Jefatura del Ejército de la Magistratura Presidencial; estableció que los Secretarios del Despacho, nombrados por el Presidente, tenían que ser aprobados por la Cámara de Representantes y subordinó en forma constante toda la actuación del Poder Ejecutivo de la República en Armas a las legislaciones, acuerdos y decisiones de una Cámara que cambiaba de residencia continuamente.

Céspedes presidió la Asamblea Constituyente y fue nombrado Presidente de la República.

Triunfó en la Constitución acordada la separación de Poderes y la atomización de la autoridad. El romanticismo de las nuevas ideas políticas y revolucionarias en boga en Europa predominó frente a una realidad trágica, local y peculiar, que obligaba a usar métodos especiales para realizar la tarea, también especial, de vencer al poderoso Gobierno de España.

Céspedes, el hombre de La Demajagua, se encontró con que su situación de caudillo iniciador quedaba mediaticada y que los ímpetus de acción y combate que dominaban su espíritu, iban a estar rigurosamente frenados y debilitados por el complicado mecanismo legal que acababa de ser creado por los representantes del pueblo revolucionario.

El, que realizó la temeraria proeza de La Demajagua, pudo haber tenido una reacción contraria a ese método constitucional y pudo haberse dejado llevar por el fanatismo de sus convicciones y combatir y resistir ese sistema, que él estimaba habría de debilitar la guerra y producir la derrota de la Revolución.

el insigne patriota abnegado, que sacrifica todo movimiento de orgullo y de arrogancia. No es sólo el Caudillo de La Demajagua, es también el glorioso cubano, ejemplo inmortal en nuestra Historia, de grandeza republicana, dominio de sus pasiones y respeto a la Ley! (Grandes aplausos)

Signe la guerra.

Céspedes, dentro de los frenos jurídicos creados, se tenía que mover en condiciones muy difíciles: de una parte, el ímpetu de su carácter y su decisión de Gran Capitán de la Libertad de Cuba; y, de otra parte, la opinión fluctuante de un Cuerpo Legislativo, en donde la responsabilidad se diluye entre todos los miembros del organismo y que, como todos los Gobiernos directos de Asambleas, interfiere, demora y complica, la eficacia de las decisiones de un Jefe que tiene que actuar frente a situaciones diversas e inesperadas, con pocos recursos; y substituir esas deficiencias con el valor, la estrategia y la rapidez.

En una pugna en que luchan el espíritu del caudillo indomable que late en el corazón de Céspedes y los reglamentos y disposiciones constitucionales que cohiben y diluyen su acción directora, pasan casi cinco años; es decir, que este hombre, a pesar de esas extraordinarias dificultades, levanta la guerra, la extiende a varias provincias y difunde en el mundo entero el prestigio de la encarnizada rebelión de Cuba.

La llamarada revolucionaria se presenta inextinguible, sin que España la pueda vencer, durante los cinco años en que él dirigió la guerra, dentro de las dificultades que provocaban las normas de la Constitución de Guaimaro.

Un Poder Ejecutivo militar y político fuerte y con facultades propias, de acuerdo con la peculiar guerra que se hacía, o una república normal de tipo clásico, con separación de Poderes y responsabilidad permanente y minuciosa del Poder Ejecutivo ante la Asamblea Popular. He aquí la síntesis y la esencia del conflicto entre Céspedes y la Cámara de Representantes; dos métodos o principios inconciliables frente a frente y una sola tarea inmensa que realizar.

La Historia va dando su fallo. Hay acontecimientos tan difíciles y consensos que los hombres no los pueden juzgar, sino en perspectiva y con las distancias serenas que necesita la Historia.

Los hombres son dirigidos por ideas y pasiones; estas ideas y pasiones, buenas y malas, se juntan y armonizan algunas veces y otras chocan y se aremolinan; y se producen catástrofes y grandes injusticias, a pesar de las mejores intenciones de muchos factores que intervienen en los hechos.

Los pueblos caminan con paso de siglos; y por eso nunca deben desanimarse los hombres por los contratiempos, equivocaciones y fracasos que sufran. A la persistencia secular de la voluntad de progreso a través del sacrificio y la adversidad, debe Cuba su independencia y todo lo que hoy enaltece su nombre.

Lo que salva a los pueblos es la calidad de su alma, es la profundidad de su fe y la nobleza de su corazón, que son los elementos que hacen posible la realización de ciertos ideales supremos que, de otra manera, perecerían entre las maldades que la flaqueza humana provoca sin cesar.

Lo que es bueno fundamentalmente, lo que lleva hacia lo alto y hacia el futuro, se impide, se impide definitiva y triunfa; cuando el pueblo está formado por una estirpe distinguida y superior como es la del pueblo cubano. (Aplausos)

Ahora viene otra etapa de suprema categoría moral de este hombre, que ennoblecía con sus magníficas virtudes de patriota y democrata la Guerra de los Diez Años que él inició.

El gran Jefe, el Caudillo, el hombre conocido en todo el mundo como el más alto representante de la Revolución cubana, el magnífico Campeón de La Demajagua, al fin, después de muchas dificultades, es sometido por la Cámara a una acusación y juicio fundados en problemas legalistas interpretados por la misma Cámara que acusaba y juzgaba al mismo tiempo, y es destituido como Presidente de la República.

El movimiento revolucionario que él impulsó decisivamente lo quita, lo separa de toda dirección, de toda intervención en el mando de la Revolución.

Su obra redentora, la que él salvó con su audacia acompañado de patriotas insignes, ya él no puede seguirla. Su anhelo por libertar a Cuba, que lo guiara en la mañana resplandeciente de La Demajagua, se desvaneció. ¡Ya no es, no puede seguir siendo, el Jefe de la Revolución Libertadora!

¿Qué pasa en la conciencia de este hombre generoso y fanático del patriotismo? ¿Reacciona contra la terrible decisión? No.

Cuando fue electo Presidente por la Asamblea Constituyente, dijo al final de su discurso inaugural que él pedía a los cubanos el heroísmo para pelear contra el Gobierno de España y que a cambio de eso, él ofrecía su abnegación.

Cumplió su palabra; y su conciencia quedó aliviada por una milagrosa hermandad con la conciencia Nazarena de Martí, cuando éste dijo: "Para mí la Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Póngase el hombre de alfombra de su pueblo. ¡La Patria es ara y no pedestal!" (Grandes aplausos)

Céspedes queda destituido y pasa a ser simplemente el ciudadano Carlos Manuel de Céspedes, sin que se le dejara ninguna autoridad, derecho ni prerrogativa.

Debemos preguntarnos aquí otra vez: ¿qué hizo Céspedes en aquel momento y después?

Caudillo como lo era él, le sobaban partidarios y soldados para provocar en el acto una guerra civil, que hubiera destruido las esperanzas de libertad de los cubanos. Entre esos jefes y tropas adictas, estaban las del General Jesús Pérez, que le ofreció apoyo y disolver la Cámara y poner en sus manos el Poder absoluto.

ca otra cosa que obedecer lo preceptuado en ese mismo Código Fundamental, que tanto me precio de venerar. En consecuencia, he dado inmediato cumplimiento a lo acordado por este Alto Cuerpo, dentro de sus atribuciones constitucionales. Como antes, como ahora y como siempre, estoy consagrado a la causa de la Libertad e Independencia de Cuba!" (Grandes aplausos)

¡Cuartos caudillos en parecidas circunstancias han dado este ejemplo, en toda la historia del mundo?

Es difícil encontrar un contraste tan grande entre un temperamento de la magnitud indomable de Céspedes y la entrega al sacrificio y la subordinación a la Ley, que tuvo Céspedes en esa decisión de actuar plenamente, que adoptó porque así creyó servir mejor a su Patria.

Ya destituido, se le mantiene algún tiempo en compañía del Gobierno, entregando documentos, libranzas y papeles que se le pedían con hostil reiterada insistencia por el hostil interior de la Guerra Federal, querido; hasta que por fin, el 11 de febrero de dos meses, se le asigna después de su residencia un campamento como un lugar llamado San Lorenzo, en donde había una pequeña prefectura, para que allí permaneciera en espera de órdenes e instrucciones del Gobierno.

Sin ninguna escolta militar, acompañado solamente por dos familiares y un asistente, se dirige a San Lorenzo. El, que había sido el gran Caudillo, el centro fulgurante de la Revolución, va modestamente a un lugar apartado de las estribaciones de la Sierra Maestra, a esperar instrucciones y permiso de la Cámara para ir al extranjero. Instrucciones y permiso que no llegaron nunca.

No protesta ni se lamenta. Hay un silencio imponente y una estoica serenidad en Céspedes, que sus propios adversarios extrañan y consideran inverosímil e inexplicable.

¡Era que él había dado su vida y su alma a Cuba y nada le importaba lo que a él le pasara en el tránsito de su martirio!

Estuvo en el caserío de San Lorenzo algún tiempo. Su recto espíritu, que también tenía facetas evangélicas, lo llevó a enseñar las primeras letras a los niños de las familias que había en San Lorenzo. Y Céspedes, de hecho, estableció la primera escuela rural de campesinos que tuvo Cuba.

Una mañana, traidoras delaciones llevan a un pelotón de tropas españolas y guerrilleros a aquel lugar solitario.

Era una acción segura y sin riesgos, porque Céspedes no tenía escolta. El ruido producido por la tropa lo oyen los habitantes de las casas y huyen al monte las mujeres y los niños.

El libertador, vestido siempre con esa sencillez que también tenía su espíritu, sale de la casa y se enfrenta con la tropa. De pie. De pie y solo, sin ningún gesto de rendimiento ni de sumisión. ¡De pie! ¡Era Cuba heroica que se erguía, rebeldé y fiera, ante la muerte!

Tira la tropa una descarga, pero no lo mata; Céspedes dispara su revolver. Vuelve a tirar la tropa y, bajo esa segunda ráfaga de balas, se desploma verticalmente el inmenso Céspedes, escribiendo con su sangre, en el cielo de Cuba, el grito de independencia o Muerte! (Grandes aplausos)

Veán ustedes: Céspedes quiso ser, y lo fue hasta morir, el símbolo de la voluntad indomable e inflexible de libertad e independencia del pueblo de Cuba.

En medio de las amarguras que le producían las pugnas de la Cámara, él escribió, en cartas llenas de ternura y tristes premoniciones, a su esposa la señora Ana de Quesada: "Yo, que he de morir por Cuba, en esta guerra, moriré sin ver la independencia. Esa vendrá después!"

Ya él había hecho el sacrificio total de su persona y su orgullo por la Patria. "Morirá mi cuerpo—pensó—, pero con el alma y la voluntad inflexibles. Y cuando mi cuerpo se desplome, ¡seré una bandera de guerra, pero también de sacrificio!"

Sublime bandera de abnegación y ejemplo para el pueblo cubano de todos los tiempos, para los guerreros de entonces y los veteranos libertadores de después, para los veteranos representados aquí y para los cuales yo pedí una ovación. (Aplausos)

La muerte de Céspedes fué su más poderosa arenga de guerra. La que resuena hoy como ayer y que lo envuelve en un halo resplandeciente de gloria. Su respeto a la Ley y su abnegación democrática, lo enaltecen tanto como el gesto heroico de La Demajagua.

Cayó como un héroe de la república romana; siempre en la línea de un amor fanático por la libertad y la independencia de su amada Patria. Patria cuya tierra quería él, como única recompensa, que fuera la que en todo caso abrigara sus restos mortales.

¡Cuál fué la fuerza profunda y poderosa que inspiró a Céspedes en aquella gesta de los Diez Años? ¿Cuál fué la energía moral que inspiró a otros esclarecidos patriotas, entre los cuales yo señalo, con respeto y veneración, a Francisco Vicente Aguilera? (Grandes aplausos)

Yo dije que en esta ceremonia mis palabras debían tener algo de místicas, en el orden cívico que yo iba a ir con ustedes a recorrer el Via Crucis del heroísmo, la abnegación y el sacrificio de Céspedes. No me preocupa esta o aquella belleza de forma. ¡Qué más belleza, señores, que el corazón? Y aquí veo y siento una emoción cubana tan profunda, que me recuerda los mejores tiempos del romántico patriótico cubano.

tadista, que guía y saca a su pueblo del abismo o de la disolución. (Grandes aplausos)

Este patriotismo grande y fundador es el que tenía Céspedes y tenían sus compañeros, este patriotismo es el que explica la aceptación de los más grandes sacrificios. ¡El que muere en una gesta de libertad, lo hace con la sensación de que si él no ve el resultado de su obra, lo verán sus hermanos de la misma patria, que lo sigan en el curso de las generaciones!

En un momento dado, entre la patria y el interés personal, los que pertenecen a la estirpe inmortal de los gigantes que fundan y libertan pueblos, ¡se aprietan el pecho, se arrancan todo lo que es egoísta y personal, y, en el trágico dilema, dicen y resuelven: "Entre mis pasiones y mi patria, ¡primero la patria!" (Aplausos)

Esa fué la altísima categoría del patriotismo de Carlos Manuel de Céspedes y sus compañeros. Ese fué el patriotismo de Martí y sus seguidores en la Revolución de Febrero. Ese fué el sentimiento que mantuvo las dos guerras, casi superiores, de los cubanos, iguales o superiores, en dificultades, a todas las guerras de liberación del mundo.

Yo quiero repetir aquí: ni en Grecia ni en Roma, ni en ninguna etapa de la Historia, aun de América, se sostuvieron guerras que hayan superado en decisiones difíciles y abnegadas, en heroísmos personales que parecen leyendas, en episodios asombrosos de guerra, en tenacidad perseverante, en obstáculos enormes y sobrehumanos, a las guerras de liberación de los cubanos! (Aplausos)

Había en Céspedes un verdadero jefe, con todo el magnetismo y majestad que esta cualidad requiere en una revolución; había también un estratega; había un estadista. Pero había también un mártir.

En el fondo de su alma, la misma llama del martirio que quemó el corazón y la vida de Martí en Dos Ríos, ardía en el corazón de Céspedes en San Lorenzo. Para él, la patria fué sólo agonía y deber!

Cuando su hijo Oscar fué hecho prisionero, el jefe del Ejército español le envió un recado, sin medir la magnitud de montaña moral que era Céspedes: "Si quiere que su hijo salve la vida y sea libertado, le pedimos que se embarque al extranjero. No le ponemos ninguna otra condición". Y Céspedes le contestó: "Oscar no es mi único hijo. ¡Mis hijos son todos los cubanos que luchan por la libertad!" (Grandes aplausos)

Dos o tres días después de recibida por el jefe español la respuesta de Céspedes su hijo Oscar fué fusilado. Otro murió de inanición en la guerra. Cuando esto ocurrió, el Caudillo estaba todavía al frente de la revolución y ya su respuesta había pensado en la corona del martirio que se fijó sobre sus sienes en la tragedia de San Lorenzo.

Ese espíritu de sacrificio fué en él permanente: sus hijos y familiares, todo lo que era caro a su corazón, toda su estirpe, debía marchar a la guerra. Esta era la decisión de Céspedes; todo por la libertad de Cuba. ¡Así fué Céspedes! Los cubanos lo llaman desde entonces, con reverente unción, Padre de la Patria! (Grandes aplausos)

En los primeros tiempos no fueron estudiados ni apreciados en su debida proporción ciertos aspectos de la personalidad política de Céspedes, sus condiciones de republicano, de estadista y democrata. Primero el brillo de La Demajagua y luego el oleaje de pasiones producido por la destitución de Céspedes, que la posteridad califica de injusta.

Después, eminentes historiadores cubanos han ahondado en la materia y han estudiado acuciosamente la trágica vida del héroe, cuya actuación en La Demajagua y luego destitución y muerte, influyeron decisivamente en el resultado final de la Guerra de los Diez Años.

Todo lo que he dicho me lleva a condensar mi juicio en esta síntesis: fué un gran estadista; fué un gran patriota; fué un democrata de virtudes excepcionales y fué un gran caudillo libertador. Refundido todo esto, en un mártir del patriotismo de abnegación sin límites.

Toda su personalidad honra a Cuba y a nuestra estirpe y glorifica nuestra Historia! (Grandes aplausos)

Hablo ante esta estatua de Céspedes erigida aquí, en un sitio especial y único de nuestra historia colonial, como iría a hablar en cualquier lugar en que una circunstancia análoga se produjera: lo mismo en la montaña que en la llanura, en cualquier parte de Cuba y del mundo, en los riscos de una montaña o sobre los derruidos muros de una fortaleza. ¡Dóndequiera que se alee un símbolo de Céspedes, me inclinara para venerarlo y loarlo. (Grandes aplausos)

Que se hagan, además de éste, otros muchos monumentos para Céspedes; todos serán pocos para representar el respeto y el amor que la Patria le debe a este cubano excepcional, que figura, por su talla, entre los más grandes y austeros libertadores del mundo.

Y ahora que estoy hablando de problemas de la patria en relación con Céspedes, ¿puedo separarme totalmente del momento actual? ¿Puedo olvidar que hablo al pie de la estatua del Padre de la Patria y no referirme a las inquietudes morales que hoy sienten los cubanos?

Hemos avanzado mucho en el orden material en estas últimas décadas; tenemos muchas cosas buenas, bellas y ricas y aún podemos avanzar más.

Pero hay cierta reconóida pena en la sociedad cubana. Hay divisiones que nos separan y que pueden y deben ser zanjadas, que deben ser resueltas.

El resentimiento y el odio prolongado destruyen el progreso de los pueblos y envenenan la esperanza, que es el aliento de la vida.

Toda fórmula elevada que aclare el porvenir, debe ser acogida favorablemente. Hay que mirar adelante. La historia no retrocede.

El pasado sólo sirve para prevenir y estudiar el futuro; hay que ahondar y usar en toda su eficacia el mecanismo de la democracia, que se creó como sistema político de lucha, para evitar y eludir la violencia como norma para zanjarse graves querellas políticas.

La violencia no resuelve nada. Sólo engendra un péndulo sangriento de interminables revanchas.

No practican el método pacífico de acción cívica los franceses, en medio de las enormes dificultades políticas por que atraviesan? ¡No lo practican también los ingleses, sorteando radicales cambios económicos y sociales, superados siempre por el talento político y el dominio de sí mismo que tiene ese gran país, maestro del mecanismo democrático del mundo?

¿Qué tenemos nosotros menos, en la inteligencia, que esos pueblos, para no aspirar pacíficamente al libre juego de las ideas, y encontrar razonable transacción en todas las dificultades que últimamente ha atravesado nuestro proceso democrático?

Cuando los ciudadanos tienen principios políticos verdaderos, te-

DEJA

DEJA

DEJA

DEJA

DEJA

DEJA

DEJA

DEJA

DEJA

DEJA

DEJA

DEJA